

## ALFONSO DE ALBA MARTIN

Nació en Lagos de Moreno, Jalisco, el 9 de septiembre de 1921. Murió en Guadalajara el 14 de marzo de 1996.

Historiador y escritor de ágil y sensible pluma puesta al servicio de su provincia, de la que nos ha dejado muy bellas páginas. Profesó la cátedra de lengua y literatura y ocupó puestos de elección popular en el Congreso Federal.

Ejemplos de sus obras son: *Entonces y ahora* (1944); *La Provincia oculta* (1949); *Antonio Moreno y Oviedo y la generación de 1903* (1949); *Al toque de queda* (1953); *El alcalde de Lagos y otras consejas* (1957).

Fuente: Mariano Azuela. *Pedro Moreno, el Insurgente. Biografía novelada*. Liminar por Alfonso de Alba. 2ª ed., México, Ediciones Botas, 1949, 261 p. Liminar de Alba: p. 7-26.

## MARIANO AZUELA

Bajo la sombra de un mezquite, al centro del patio, el novelista coloca una silla con asiento de tule. El piso de puro tepetate, regado cuando aún brilla la estrella del alba, huele a jarro nuevo. Al frente de la casa se levanta la Mesa Redonda, pronunciamiento montañoso a modo de cono truncado, regular, casi trazado a compás. Un vaquero asciende por las encrespadas veredas y canta, a voz en cuello, un corrido campirano; el novelista esparce la mirada sobre la espesura de los arbustos para localizarlo. Sólo el eco, después de golpear los enhietos acantilados que coronan la Mesa, baja con variable intermitencia. De vez en cuando los cenizontes, los tildíos, las palomas pintas y los jilgueros —entre los árboles que van de la casa al arroyo—, puntean la religiosa quietud de la mañana. El llanto de un niño o el silbido lejano cobran resonancias inusitadas.

En el comedor de la casa no concluye aún la plática de sobremesa; ella ha de seguir —invariablemente— a los tres alimentos. (Ha sido succulento el almuerzo: espumosa leche recién ordeñada, gorditas de maíz crudo, elotes con queso, calabaza tatemada en el horno del segundo patio, etc.) Descendientes de incomparables conversadores, hombres de rica imaginación y fecunda aventura en el vivir, tienen el don de

narrar cualquier sucedido en forma atrayente e ingeniosa. Uno de los sobrinos del novelista, con acrecentado sentido del humor, es hábil componedor de aventuras en las que intemperancia y arrojo aureolan su actuación de principal protagonista. Episodios que dejan boquiabiertos y, no pocas veces, aterrados a sus ingenuos visitantes.

De un veliz, el novelista saca una máquina de escribir portátil. Sale de nuevo al patio; la coloca sobre un tronco de mezquite cortado en forma de banco y acerca la silla. Las cuartillas blancas, sobre el rodillo de la máquina, empiezan a poblarse de signos negros. Percibe el rumoreo de las colmenas entre la nopalera, a espaldas de la casa. También llega a intervalos el aroma del limoncillo, florecita azul en cuya corola se hunden golosas las abejas en rebusca de miel. . .

. . .Y, no obstante los estímulos del escenario, el escritor conscientemente rehuye la literatura. Lejos de su temperamento están las idealizaciones bucólicas, las ficciones arcádicas. Es hombre que ha vivido en la amarga reciedumbre del concepto. . . Y es vida lo que palpita en cada línea de sus escritos. Ama el campo mexicano y quiere adentrarse en sus enigmas, en sus recónditos y arcanos sacudimientos. Por eso no se detiene demasiado en lo externo, en lo pintoresco, en lo superficial: persigue la clave de su entraña misma. Corren los años prerrevolucionarios de 1905 a 1909. . .

Oye de pronto el galope de pezuñas sobre la vereda que se extiende al frente de la casa. Un caporal, montando un macho negro, inclina al pasar, a modo de saludo, su sombrero. Poco después se advierten los pasos, un tanto felinos, de Marcela, la descalza y sensual hija del señor Pablo, el más viejo sirviente de San Pedro de las Gallinas. Luego, el apresurado andar del amo don Julián —“seco, grandulón, forrado de gamuza de pies a cabeza, de alazanado bigotillo y ojos dulzones”— en seguimiento de Marcela que, con el cántaro al hombro, va por agua al arroyo. . . Y pocos minutos después atruena el espacio un disparo de pistola que basta para doblar a uno de los peones. El eco retumbante lo repiten, hasta el infinito, las anfractuosidades de la Mesa.

Por la tarde, ante las nubes acumulándose en el horizonte como oscura masa, sigue el novelista tecleando la máquina. Ha perdido la noción de espacio y tiempo y, abstraído en su creación artística, no repara en las gruesas gotas de lluvia sobre las cuartillas. El escritor vive en carne propia el drama de sus personajes: la fatalidad los espera en su hora. Aunque

ha dicho: "Nunca han sido las personas sino los acontecimientos, como un reflejo de un estado social, los que me han interesado."

Allá, en los más altos riscos de la Mesa, está la siniestra Cueva, escondite donde el amo don Julián y los de su estirpe consuman los asesinatos que hay que cubrir de reserva. Sólo él y sus esbirros conocen la entrada. Y, no obstante la lluvia, el novelista la ve ahora iluminada por la ráfaga violenta de un relámpago: abierta en la viva roca, con un peñasco que le sirve de tapa. En su mente se mueven dos ideas que lo torturan y excitan por igual: la conciencia de su incapacidad física para ejercer la venganza y el propósito irreductible de consagrar su pluma a los intereses de los humildes, a los anhelos de quienes, siglos atrás, esperan en vano la hora de la justicia. Cada letra de su novela irá a clavarse —índice flamígero— en las regiones sombrías de los campos jaliscienses. . .

. . . Así nace *Mala yerba*, enjundiosa y enérgica novela que, sin alardes demagógicos, habla a los de abajo, al pueblo, sustancia de la patria, sobre la desnuda realidad del campo; mostrando de paso, tan a lo vivo, las raíces de la revolución de 1910.

## II

Después de caminar ocho leguas a caballo, el novelista y sus acompañantes se encuentran al pie de la Sierra de Comanja. La ciudad, allá en el valle, se ha quedado como miniatura simbólica. Las cigarras chillan desde los pinos y encinos llamando la lluvia. Las hojas bruñidas del roble espejean un sol canicular. Madroños y colorines salpican, como gotas de sangre, el verde de los arbustos. Viene en el aire un hálito resinoso. Después de un descanso, el novelista enfoca sus catalejos, consulta al rancharo que le sirve de guía y, en unión de su hermano e hijo, vuelve a montar su caballo. Medita, va embebido, en devota observación del itinerario. De vez en cuando anota en pequeña libreta las palabras con que se nombran rancherías, caminos y montes. Como respuesta a las sugerencias de sus acompañantes apenas si pone breve frase. Ya al oscurecer acampan —rendidos al cansancio— en el rancho de Barbosa, desde allí se percibe con la sola claridad de las estrellas, la inminencia del cerro El Sombrero.

Al amanecer alistan nuevamente los caballos. Y, a poco de iniciado el recorrido irrumpe, al centro del cerro, una aguja

como índice con misión perenne de señalar. Se pierde y vuelve a aparecer cuando llegan a la cumbre de El Sombrero. Es un airoso, sobrio y elegante obelisco de cantera rosa que remata en enhiesto vértice. Al centro, junto a una rama de laurel y una cadena rota, se lee esta inscripción: "Al general don Pedro Moreno y sus compañeros héroes de la patria, mártires de la libertad." Alguien explica que vecinos originarios de León, Guanajuato, lo han construido a sus expensas. El novelista se siente deprimido: han sido primeros en rendir pleitesía al héroe laguense los extraños. Los de casa, desde recién acontecida la muerte del guerrero, se han quedado detenidos en los "proyectos" y maquetas para levantar en la ciudad la estatua del prohombre que le ha ganado inmortalidad y un capítulo de historia patria.

El escritor recorre, palmo a palmo, los restos del fuerte donde se realizó una defensa suicida: identifica veredas, reductos; constata referencias topográficas y se abisma, durante horas, en el paisaje de líneas fundamentales: árido e imponente como la hazaña que allí tuviera su teatro. Con esa impresión ambiental y con los datos que ha espigado en la historia, están completos los elementos de su reconstrucción biográfica: se enfervece su sangre, su devoción patriótica se exalta. . .

. . . Y así crea, no una más de las frías y escuetas recopilaciones de noticias históricas en torno a la vida de don Pedro Moreno sino la figura del propio guerrero: rica en vitalidad y realismo, en la dimensión exacta de sus grandezas y limitaciones. Tras la urdimbre de una prosa novelesca que estremece —y nos sacude— en vibraciones epopéyicas, surge de cuerpo entero Pedro Moreno, el insurgente.

Al igual que Demetrio Macías —obra genial del mismo artífice y con la propia arcilla mexicana— el héroe Moreno, al sobrevenir su hora, en patética escena, aprieta en la diestra el acero resplandeciente al sol que dora las peñas. Al pie de la misma resquebrajadura enorme y suntuosa, "como pórtico de vieja catedral", una nube roja le fulgura los ojos: la que es ocaso y es aurora. . .

### III

Don Mariano Azuela nació en la ciudad de Lagos de Moreno, Jalisco, el día 10. de enero de 1873. Fueron sus padres don Evaristo Azuela y doña Paulina González de Azuela. La

casa donde vio la luz primera está a media cuadra de la plazuela de San Felipe, cercana a la tienda "El Tigre", entonces propiedad de su padre. "Pero mis ojos —nos dice— se abrieron a la luz de la razón en "La Providencia", segundo comercio paterno. "El Tigre" quedaba en la esquina del Hospital de San Felipe, por la calle vieja del Refugio y frente a la placita. "Era un comercio muy movido: se vendía pan y alfilerillo de tacón, manteca y cascalote, miel de colmena y piedra lipe, queso grande, tequesquite y toda especie de menudencia. Por lo tanto —continúa explicando—, con la alcancía de "El Tigre" compró mi madre unos muladares por la calle del Puente de Padilla, en la rinconada de la placita de San Antonio. Levantó dos o tres cuartos sin ripiar siquiera y las bardas de dos enormes corrales. Muchos años más tarde un gran letrado a la cal: "La Providencia" sobre el blanco muro de la tienda. . ."

Sus primeros recuerdos se remontan "hasta la sillita baja de tule donde me senté desmorecido y con las orejas tapadas a cada estampido del cañón. Los del gobierno estaban en las alturas de la Parroquia y los "pronunciados" en barricada, en parejo del puentecito de la Virgen de Guadalupe, a menos de una cuadra de la placita." El que habría de ser, corriendo el tiempo, novelista de la revolución mexicana, tiene, desde sus tempranos días, el primer encuentro con los horrores de la lucha armada.

Estudió primeras letras en las escuelas de don Rómulo Campillo, de don Antonio Velázquez Galván y de don Concepción Toral, respectivamente. Después ingresa al liceo "Miguel Leandro Guerra", siendo rector del mismo don Mauricio Espinoza. Aquí cursa mínimos, mayores y primer año de lógica y metafísica. Los resultados muy satisfactorios de su aprendizaje influyen en la decisión de enviarlo al Seminario Conciliar de Guadalajara. Abriga su padre secreta esperanza de que el sacerdocio llame a la vocación del estudiante.

Muy claros quedarán en su recuerdo los momentos de su primera salida del rincón natal. La madre "empapada en lágrimas, dándole mil consejos y colmándole de bendiciones". Su padre, "sobrio y severo, dándole un abrazo, diciéndole adiós sin despegar los labios para ocultar la angustia". Luego en la capital del estado "un desencanto opresor: mucha gente, muchas cosas, muchos jardines, mucho ruido; pero mucho más grande, infinitamente más grande, la soledad que acompaña a su alma entristecida". En el seminario, estudiando

moral y religión, transcurre un año. Cuando habla de la disciplina y del régimen inflexible al que se les sujetaba, en estas palabras zumbonas refleja su inconformidad: "Allí no se conversaba sino sobre el sermón de mi maestro Monraz o de mi maestro Silva: se discutían los errores modernos, desmenuzándolos con citas de los Santos Padres y de las Sagradas Escrituras." De pronto, las vacaciones rompen la monotonía: "Todo ha cambiado ya ante los ojos asombrados del estudiante. El paisaje hermosísimo, pero necesariamente limitado, de su pueblo natal ha quedado roto a la luz de nuevos panoramas, hombres nuevos y cosas nuevas. Desborda la alegría de su corazón y su inteligencia se afina."

Otra muy diversa era su vocación. Al retornar a Guadalajara el año siguiente, se inscribe en el Liceo de Varones para concluir sus estudios preparatorios. De aquí pasa a la Escuela Médico-Farmacéutica, donde permanece, hasta titularse como doctor en medicina, el 19 de octubre de 1899. Su inclinación hacia la novela aparece en él siendo aún estudiante en Guadalajara. Lo impresiona singularmente un "caso clínico" en el hospital: una muchacha de veinte años consumida por la tuberculosis y el alcohol. Devoto del realismo francés e influido por sus lecturas de Zola, Maupassant, Balzac, Daudet, Murger y los Goncourt, pergeña un cuento: *Impresiones de un estudiante*. Más tarde, ampliando el tema, pasa a ser la primera novela: *María Luisa*.

Añorando, sobre todo, la bohemia estudiantil que dejaba, regresa a Lagos para entregarse a los menesteres de su profesión. Es acertado en el diagnóstico y su trato amigable y llano con todo el mundo le acarrea clientela. Son años de sorda y penosa lucha para readaptarse al medio. Y aunque quisiera consagrar mayor tiempo a las letras, el apremio económico y la lucha por el pan se lo impiden.

A la sazón el ambiente social —tradicionalista y estrecho— que se respira en la pequeña ciudad jalisciense acaba de conformar su ideología liberal. Gran intransigencia impera en muchos de los órdenes de vida. El despotismo de los caciques locales —en la ciudad y en el campo— se volvía intolerable. "Y soy enemigo jurado de los fanatismos sin que me importen sus etiquetas", ha dicho. Las polémicas impresas que sostiene el padre don Agustín Rivera con el señor canónigo don Agustín de la Rosa, con don Bernardo Flores y con don Cirilo Gómez Mendivil, sobre todo con este último, caldeaban los ánimos

separando los partidos en los clásicos bandos: liberales y conservadores. *El Defensor del Pueblo*, periódico local, baluarte avanzado de los "enemigos del antaño y del oscurantismo", latigueaba con furor vitriólico a los conservadores irónicamente llamados chupacirios. A su vez éstos, en hojitas y pliegos de "rectificaciones", ridiculizaban sangrientamente a los del partido contrario apodados chinacates. Éstos se mantenían unidos en la Junta Patriótica Pedro Moreno. Todo preludiva el movimiento de lucha y rebeldía al que no pudo ser ajeno el doctor don Mariano Azuela.

Aunque lejanos estaban ya los calamitosos tiempos "en que los médicos tenían su tienda, su ranchito, su barbería cuando menos, para no morir de hambre", Azuela decide comprar la botica "San José" —en la esquina de las calles Real y de la Merced—, que le traspasara don Pancho Gómez, padre de nuestro compositor Antonio Gomezanda. . . Ella se convertirá en centro de reunión para la charla con sus amigos, sobre todo con don Francisco Gonzáez León, en cuya compañía saborea las novedades literarias de París; además en la botica puede vender a otro íntimo amigo, Pepe Becerra, los ejemplares de su único libro de versos: *Cadencias*. En esta época lee *El pueblo gris* de Santiago Rusiñol, que habrá de comunicarle un sentimiento irónico y mordaz para interpretar ciertos aspectos de los pueblos. . .

Es puntual concurrente a las reuniones del cenáculo literario de don Antonio Moreno y Oviedo y es de los más entusiastas en la bohemia laguense: así al menos, no ha roto del todo con su pasado estudiantil. En los Juegos Florales que se efectúan en Lagos por 1903 lee un cuento que conquista un diploma: "De mi tierra". En él ya apunta "la conciencia social" del autor y señala un camino a su producción posterior: expone los abusos del latifundista. Es de imaginar cómo haya recibido aquella concurrencia lugareña al teatro la lectura de este cuento. Entonces los temas y las descripciones primorosas, fruto del modernismo, huían de la cruda y desnuda realidad. Por lo tanto, cuando ésta aparecía, se la consideraba "vulgar y perversa".

Al estallar la revolución de 1910, don Mariano Azuela sintió que había llegado el momento de actuar. En efecto, por octubre de 1914, salió de Lagos incorporado a las fuerzas del general Julián Medina. Como médico de la tropa mucho habría de ver y conocer de las miserias externas e íntimas que lacra-

ban el movimiento, pese a la bondad y altura de sus principios. Y sin embargo, más tarde dirá: "Lo que he visto no me sirve para copias, sino para tomar de ello los elementos que necesito para mis novelas."

Al triunfo de don Francisco I. Madero ocupa Azuela en Lagos el cargo de jefe político. Después es nombrado director de Instrucción Pública en Jalisco. Y de allí, cuando sobrevino la división entre Carranza y Villa, en compañía de las fuerzas derrotadas, va a refugiarse a El Paso, Texas. También han hecho crisis sus esperanzas e ideales de renovación. En esta ciudad fronteriza da los últimos toques y publica su novela de mayor fortuna y celebridad: *Los de abajo*, después traducida a casi todos los idiomas. Padeciendo penurias, decepcionado de su aventura "trágico-cómica", "de contrabando" entra nuevamente a la patria. Desde entonces residirá en la ciudad de México.

Es hombre de reciedumbre vital poco común. Y el mejor capítulo de su obra lo escribe al lograr que toda su familia se forme y ocupe privilegiado lugar en el mundo de la cultura. Laboriosidad, honradez intelectual, depurado patriotismo, honda mexicanidad, son sus más altas virtudes. No ha optado nunca por la senda fácil del elogio vano y del usufructo a sus merecimientos. Su pluma, ajena a toda servidumbre, nunca ha corrido sobre el papel persiguiendo espurios intereses. Adicto a sus ideas, ajeno a todo compromiso de grupo literario para mantener su personalidad independiente, ha librado una contienda que no conoce tregua. Ni siquiera a su edad amengua la agresividad. Se necesita impetuosa valentía para escribir un libro de crítica literaria como *Cien años de novela mexicana* contrariando las opiniones consagradas. . . Su criterio es tan independiente que, en política, "los radicales de izquierda, los de «vanguardia», lo clasifican como conservador y reaccionario; y los conservadores extremados le consideran radical. . ."

Nada engraido con su prestigio, no conoce ni la altivez ni el egoísmo. El primer contacto personal con el novelista produce la misma impresión que a Torres-Río seco cuando viene a conocerlo: "Azuela —dijo— desilusiona un tanto al lector que espera hallar en él un garboso representante de la ideología revolucionaria. Su bondad ingénita contrasta con la brusquedad de su estilo y la violencia de sus temas, y en vez del novelista proletario vemos en él a un buen señor muy amable que habla con el corazón a flor de labio. . ."



Pese a la indiferencia inicial con que la crítica mexicana pretendió ignorar la obra de Azuela, ésta se impuso definitivamente: se multiplican cada día las ediciones y las traducciones. Y su autor ha sido objeto de las mayores distinciones que a un escritor puedan tributársele en México: miembro fundador del Seminario de Cultura Mexicana y, posteriormente, miembro fundador del Colegio Nacional.

Invitado por amigos suyos para que los autorizase a presentar su candidatura a una plaza vacante en la Academia de la Lengua, repuso irónico y burlón: “¿Yo académico? ¿Cuáles son mis méritos? ¿Qué puedo aportar a los trabajos de la corporación? ¿Mis humildes servicios de Médico o mi indisciplina y desaliño de escritor ocasional? Lean cualesquiera de mis libros. Se encontrarán con un lenguaje descuidado y una expresión desordenada. Los escribo en ratos rabados a otras actividades, nunca con un propósito trascendental, sino con el de «a ver lo que sale». Lo digo sin modestia. Soy el más riguroso y despiadado crítico de mi obra. No digo estas cosas por desdén a la Academia. Simplemente porque reconozco mis propias fallas. ¿Qué haría en la Academia siendo como soy, el hombre menos académico del mundo?”

#### IV

En otro volumen de la Biblioteca de Autores Lagenses se analizará la producción completa del escritor. Ahora nos fijamos en las novelas y biografías que tienen como escenario la ciudad de Lagos: *Los fracasados* (1908), *Mala Yerba* (1908), *Sin amor* (1912), *Los caciques* (1917), *Pedro Moreno, el insurgente* (1933) y *El padre Agustín Rivera* (1942).

Para nuestro agrado dos de ellas sobresalen; nos parecen las de mayor aliento: *Mala yerba* y *Pedro Moreno, el insurgente*. Bastarían éstas para rendir el homenaje a la tierra del novelista. En ambas la caricatura grotesca cede al dramatismo de la acción. En ambas, desde los primeros capítulos, campea un hálito de tragedia: un sucederse de personajes, en cuerpo y alma, que son arrastrados ciegos y fatalmente por el destino. Y en ambas domina ese escepticismo y amargura criollas, notas características de lo mexicano. (Las quejas del autor son las del hombre que ha participado de lleno en la tarea de cambiar los destinos de su patria. De igual modo, casi todos los artistas que han creado mucho sienten cansancio y una amargura que sólo habrá de curar la muerte. Y en

Azuela se reúnen ambas cualidades.) Además, en estas dos obras, como en otras de las más celebradas, se ponen de manifiesto sus dotes inigualables de "creador de caracteres" y de agudo observador de la realidad mexicana.

Se podrán hacer reparos a su estilo. Fácil y espontáneo escritor —de los que más cuentan en el movimiento de las letras mexicanas contemporáneas—, emplea con desenvoltura sus facultades indiscutibles de novelista nato. Como no era un profesional de las letras y sólo en sus ocios escribía por temperamento natural, sorprendióle la fama ya iniciada la madurez, reacia etapa de la vida para ajustarse a normas y disciplinas. Por otra parte, hace suyo el pensamiento de Sainte Beuve que dice: "Amo los libros verdaderos, los que son lo menos posible libros y lo más posible hombres." Y así se propone escribirlos. Además sus preferencias han sido, como él mismo confiesa, "por escritores como Balzac, Zola, Dostoyevsky, Conrad y otros de su categoría, que no se distinguieron precisamente por su devoción a la gramática, ni a los primores del estilo..." Apostrofa a los "que gastan su vida haciendo un estilo para vestir esqueletos" y llega a esta despiadada conclusión, nacida de la enorme sinceridad que lo caracteriza: "La crisis indefinida de nuestra novela se debe a que los que saben escribir no tienen qué decir y los que tienen qué decir no saben escribir..."

Hay que señalar, además, en las obras de Azuela la propensión que tiene —como muchos de los escritores costumbristas del siglo pasado— a la caricatura. Con frecuencia la lleva hasta el plano de lo grotesco: exageración en el trazo de caracteres no por falta de discreta ironía, sino por el preconcebido empeño de "exhibirlos" en recio contraste. Y una tendencia a generalizar conceptos afines y paralelos, pero no tangenciales...

...Y sin embargo, creemos con Manuel Pedro González que "cualquiera que sean los defectos que pudieran señalarse —y son muchos— a la obra del doctor Azuela, hay que reconocerle una virtud: es genuina y tiene la validez de todo lo auténtico. Hasta ahora, México no ha producido otro novelista más suyo, más mexicano, ni más original tampoco..."